

patriótico. Humano, para apreciar por anticipado hasta dónde cada nueva medida podría influir no sólo sobre la suerte de la comunidad, sino sobre la de los individuos en su actividad privada a fin de evitar quebrantos e injusticias. Patriótico, porque todo lo que al país le interesaba merecía su solícita cooperación. Los problemas de la energía y los de los transportes, los de la higiene y de la educación, los de la moneda y los de la cultura estaban siempre ante su vista porque había reflexionado largamente sobre ellos y sabía hasta dónde de una solución acertada dependía el bienestar de la comunidad. Su espíritu emprendedor ha quedado unido a la reconstrucción de la Recoleta de San Diego, a la Catedral de Sal y a la Hospedería de El Libertador en Zipaquirá; a la restauración de la antigua Casa de Moneda; a los magníficos edificios destinados para la Corte Suprema de Justicia, para la nueva biblioteca del banco, para su imprenta y aquel que se levanta para sede de la propia institución.

Ninguna cosa que tuviese para el país interés material, espiritual o estético le era extraña; su inteligencia era una lámpara votiva que ardía insomne en el santuario de Colombia.

El crecimiento constante de la actividad económica nacional en los últimos años, esta plétora de energía vital que se desborda hacia todas las latitudes, ha creado ya y creará en lo porvenir problemas de solución muy ardua, de muy complejas facetas y de muy difícil manejo. Para afrontar una situación así cuánto hubiera podido servir al país aquella voz experimentada y aquella mente serena; la visión segura de aquel navegante que entre la densa noche de las dificultades sabía orientarse porque conocía como ninguno la ruta por donde Colombia podía llegar sin tropiezos a sus más altos destinos.

---

Luis-Angel Arango ha desaparecido en la plenitud de su capacidad intelectual. Aquella múltiple inteligencia no dará ya sus frutos de promisión cuando tanto podía esperarse para bien de la patria. Aquel espíritu vibrante no alentará ya más las empresas de la cultura. Aquella voz maestra no dejará escuchar el sabio consejo ni la admonición oportuna. Al depositar en la tierra sus despojos, la patria ha entregado mucho de sus mejores esencias, de sus valores capitales. Sean para su tumba las palabras de Séneca en su duelo por la muerte de Petronax: "Larga es la vida si es llena. El vio la verdadera luz; no fue uno de muchos. Vivió, y vivió ejemplarmente. . ."

## Cinco Misterios del Colegio del Rosario

Por ARMANDO ROMERO LOZANO

En la cubierta posterior de la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario leíamos que el glorioso Instituto fue fundado en 1652, siendo así, como ya lo consigna don José Manuel Groot, en su voluminosa *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*, lectura obligada de comedor para los rosaristas internos, que la cédula expedida por el rey Felipe IV está fechada, y así consta en el original autógrafo, a 31 de diciembre de 1651; que el acta de posesión del Ilustrísimo señor don Fray Cristóbal de Torres como fundador del Colegio fue extendida el nueve de enero de 1653 y que el verdadero documento de fundación fue el acta inaugural que certificó el escribano Nicolás Navarrete a diez y ocho de diciembre de 1653. Los estudiantes del Rosario aceptábamos sin discriminación aquella primera fecha. Pero, en verdad, la vida del Colegio establecido por la munificencia y alta previsión de Fray Cristóbal de Torres dio comienzo con "la colocación y principio" —así reza el acta— de la entrada que se dio a los trece primeros colegiales de número, el diez y ocho del mes de navidad de ese año de Gracia de 1653, gobernando a España y sus Indias la católica Majestad de Felipe IV, el Nuevo Reino de Granada como presidente, don Juan Fernández Córdoba y Coalla, marqués de Miranda y la Arquidiócesis de Santa Fe de Bogotá, el propio fundador de nuestro Colegio, Fray Cristóbal de Torres, de la Orden de Santo Domingo.

Y así doy comienzo, con ese pequeño acertijo cronológico —51, 52, 53— a este boceto que se me ha ocurrido titular *Cinco misterios del Colegio del Rosario* (anticipando que se pueden registrar otros). Donde conviene ante todo, explicar y justificar la aplicación equívoca que doy al delicado término *misterio*, que no se entiende aquí

por verdad inaccesible a la razón humana; sino en el sentido medioeval en que lo toma la plegaria patronal de nuestro Colegio Mayor, el de episodio o paso fundamental de la Vida de Nuestro Señor y de su Madre Santísima. Cabe, de paso, señalar esa fórmula de oración, consolidada en el modo en que hoy universalmente se la reza desde principios del Renacimiento y que da nombre a la casa de estudios, como natural emblema y originario distintivo de los rosaristas dentro y fuera del claustro, ya que desde las primeras Constituciones se previene que junta la comunidad todos los días se rece a coros el rosario, a la salida y puesta del sol, a *solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini*. Es inconcebible, pues, que un rosarista no rece el rosario o haga rezar a los suyos esos pasos o misterios de gozo, de dolor y de gloria.

De modo análogo quiero usar *misterios* significando episodios, *pasos* o más bien aspectos singulares, un tanto enigmáticos y curiosos que descubro en la historia y carácter del Colegio del Rosario. Y si algún ceñudo me da por ello del sandio, del importuno y atrevido recordándome aquellos versos de Ovidio citados en la Gramática Latina de Cuervo y Caro que tan luminosamente nos explicaba Roberto Cortázar en el aula Masústegui:

Frigida pugnant calidis, humentia siccis  
Mollia cum duris, sine pondere habentia pondus,

es decir que, en ocasión prócer, he salido con una miscelánea o baturrillo en que alternan las expresiones calurosas y vehementes con las frías y desdeñosas, la ternura con la sequedad, lo liviano con lo sólido y con la densidad la ingravidez, puedo replicar con otro ejemplo de la misma Gramática: *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci*, verso en que Horacio dio a entender quizá que no ha desacertado ni mucho menos el que pone agrado y humor en asunto serio y elevado. Sí que lo sabía hacer Monseñor Carrasquilla cuando en alguna plática entreveraba las austeras enseñanzas con *chispazos* y humoradas de fina estirpe santafereña, como aquella de la indigestión que suele causar la hierba teología! ¡Ah! El hombre de este siglo vive acosado, está poseso del demonio de la velocidad y la impaciencia, de aquel demonio veloz del Evangelio que precipitó la piara de cerdos en las aguas del lago. Y para retener su dispersa atención y conquistar su premuroso interés no hay remedio, propinando especies de alguna enjundia, que echar mano de aquellos recursos que el poeta venu-

sino a sí mismo se reprochaba: *Magna modis tenuare parvis*, animar, suavizar serios asuntos con ligero estilo.

Perdóneseme este flujo latinizante muy rosarista, aunque de segunda mano. Prometo como niño, no volverlo hacer; que no quiero que por estos latinicos se me tenga por gramático lo cual ya es de muy poca honra y provecho en el día de hoy, pese a la resonancia de las Academias de la Lengua, lo contrario de lo que afirmó con idénticas palabras el maestro Cervantes.

Los *misterios* que vamos a considerar son los siguientes:

El primer misterio —*glorioso y doloroso a una*— es el *misterio* de las Constituciones.

El segundo misterio —*gozoso*— es el de Monseñor Carrasquilla.

El tercer misterio es el de los liberales.

El cuarto misterio —*doloroso y gozoso*— es el de los profesores del Colegio del Rosario.

El quinto misterio es el del último *magister artium*.

Estos cinco pasos o misterios se pueden declarar en forma de capítulo de clásica novela:

#### CAPITULO PRIMERO

De cómo las Constituciones de un Colegio de nobles fundado para el servicio del rey, formaron próceres y mártires de la República.

#### CAPITULO SEGUNDO

De cómo Rafael María Carrasquilla y Ortega, sin antecedentes rosaristas absorbió en sí y *unimismó* las constituciones, el colegio y el espíritu del fundador.

#### CAPITULO TERCERO

Del amor y adhesión que los liberales profesan al Colegio más conservador y tradicionalista.

#### CAPITULO CUARTO

De cómo el espíritu del Colegio era más eficaz que sus profesores; y

#### CAPITULO QUINTO

Del modo cómo un oscuro hijo del Valle del Cauca llegó a bachiller y último doctor en Filosofía y Letras en el curso de un año.

*De cómo las Constituciones de un Colegio de nobles fundado para servicio del Rey formaron héroes y mártires de la República.*

Cuán pocos bogotanos han sabido qué amplia erudición histórica y literaria, qué buen gusto en letras, sonidos y telas pintadas, qué fina sal y pimienta del mejor Santafé, qué discreción y generoso trato de caballero antiguo envolvía la breve y flébil estampa de Juan Manuel Arrubla, hijo del familiarísimo a tantas generaciones escolares historiador Gerardo Arrubla. Ese noble y leal amigo mío —sobran los epítetos—, compañero de Facultad y disertador escritor, súbitamente arrebatado a mundo mejor en 21 de febrero de 1955, pergeñó, en nuestros días de estudiantes, por pasar el rato, un perfil biográfico de quien esto escribe y de cuyas páginas manuscritas y para siempre inéditas entresaco estos párrafos que gustarán de fijo porque están salpicados de humor santafereño que muy bien cae tratándose de una casa e institución tan bogotanas como el Colegio del Rosario:

“El que no conozca bien a Bogotá extrañará la forma particular de un edificio que ocupa un cuarto de extensión por la calle 14 y casi una cuadra por la carrera 6ª. En la puerta de este edificio (objeto de codicia por parte de los urbanizadores de finca raíz) se destaca esculpido en piedra el escudo de Santo Domingo, es decir, la cruz de Calatrava circundada de un rosario con sus padrenuestros y avemarías en excelente estado de conservación. Ocioso me parece advertir que estoy hablando del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundado por Fray Cristóbal de Torres el año de 1652, y cuya estatua se levanta en el hermoso patio que baña el sol en los días de verano y humedece la lluvia cuando el padre Jove armado de un potente pincel presta sus colores al Greco, y traza entre cielo y tierra una línea gris, sin derecho de apelación por parte de los perjudicados.

El Colegio (dice la carátula inferior de la Revista en su último número 224 de 1928) tiene cuatro categorías de alumnos: colegiales, oficiales, convictores y externos. Los tres primeros grupos no se diferencian sino los días de fiesta en que los primeros se adornan con la medalla de forma ovoidal terminada en puntas erizadas y sustentada por una cinta de colores blanco y negro, como quien dice: o buenos o malos, o es blanco, es decir, cordero, o es cabrito, que siempre pintan negro al diablo; no hay discusión: o está conmigo o está con-

tra mí; por más que en el Colegio se practique la tolerancia siguiendo el justo medio recomendado por Santo Tomás. Por dentro los colegiales no difieren de los profanos, sino a la hora de las comidas en que ocupan una banca transversal; en las veladas, en que se sientan adelante de la comunidad; en la capilla, si son inspectores, se apechugan un reclinatorio azul (símbolo de la pureza) con su correspondiente sillón; tienen además la ventaja de no recibir premio de conducta y de salir a la calle cuando a bien tengan. Pero ni se libran de exámenes ni de que les pregunten la lección.

Los colegiales se apellidan *de número* por no ser sino contados los que reciben esta distinción. Los que deseen saber más particularidades sobre el Colegio acudan a la Biblioteca del mismo y consulten las *Constituciones* que dictó Fray Cristóbal de Torres. La Biblioteca riquísima en obras filosóficas, antiguas y modernas se abre todos los días de doce a una; hora muy cómoda para los que vivimos en el siglo XX por estar dedicada a nutrir este cuerpo miserable. Sépase, y esto baste por ahora, que en el Colegio todos se levantan almorzados y se acuestan sin haber comido; pues lo que los mundanos entendemos por almuerzo es para los señores *colegiales, oficiales y convictores*, desayuno y lo que llamamos almuerzo, es para ellos comida. Es más: creo que no se ha aceptado allá la reforma gregoriana (esto no pasa de ser una opinión) y el reloj de péndulo y punteros se desconoce por entero: el reloj de arena o la clepsidra está en el Colegio en todo su vigor. *Nova et vetera* es su lema cien veces glorioso. . .”

Así, entre bromas y veras, aquel malogrado e insigne escritor y maestro, también doctor y docto en Filosofía y Letras ha esbozado el aspecto fundamental del Instituto de Fray Cristóbal. Había en el Colegio Mayor cuando pasé por sus claustros la más extraña combinación de usos arcaicos y elementos de la vida moderna capaces de producir la más vivificante y diamantina sustancia.

Se ha dicho en efecto que el Colegio del Rosario es la cuna de la República. Esta frase es ya lugar común de nuestra historia. Pero con justicia le cabe también al Colegio de San Bartolomé. Con todo, ¿por qué el Colegio del Rosario se conforma mejor con esa imagen no sólo de cuna sino de ara santa de la República? Vamos a verlo.

Fray Cristóbal de Torres, procuró y llevó adelante con perspicacia sorprendente en un religioso de su patria y de su época la idea de la *secularización* del Colegio que quiso fundar en beneficio de esta

provincia ultramarina del Reino. Entiéndase bien: secularización y no laicización. Instituyó un colegio *secular* para todo tiempo y circunstancia; no laico en el sentido del siglo XIX, forma educacional ésta reñida tanto con el espíritu del Rosario que cuando el laicismo rigió en la República, el Colegio perdió su fisonomía propia. El arzobispo fundador, observante y virtuosísimo fraile, no hizo colegio de frailes. Esta intención se advierte desde la entrada. En el acta del 18 de diciembre de 1653 constan estos sugestivos pormenores: “Y los colegiales que entraron recibidos, examinados y aprobados fueron trece que estuvieron sentados en los asientos de los cabildos secular y eclesiástico, entreverados con los alcaldes, y regidores y señores Prebendados, inmediatos a los asientos de la Real Audiencia, por frente y por bajo al otro lado. Y de ellos no religioso alguno colegial, sin embargo, de que consta se hicieron muchas y exactas diligencias por los religiosos del señor Santo Domingo para que hubiese colegiales religiosos de dicha Orden en dicho Colegio...” Hubo de enfrentarse duramente Fray Cristóbal a algunos hermanos suyos de la meritísima orden por sostener este empeño, que, con el progreso de los tiempos, había de acentuar la fisonomía civil de su Instituto. De suerte que así como nuestro amado convento de San Francisco de Cali fue discreto semillero de frailes próceres, el colegio creado en Bogotá por el prelado dominico se convirtió en horno crepitante de próceres civiles, cuando la sumisa colonia se proclamó Estado independiente y soberano.

El austero predicador del Evangelio en la corte del rey Felipe, debió encontrar la razón de ese propósito en las propias enseñanzas de la Escritura. Acaso no había leído y meditado aquel consejo del Deuteronomio de que “ni en el campo se pusiesen semillas diferentes, ni en la tela fuese la trama de uno y el estambre de otro, ¿ni menos se le ofreciese en sacrificio el animal que hiciese vivienda a un tiempo en agua y en tierra?” (*Deut.* 14). Del cual lugar de la vieja ley saca Fray Luis de León en la *Perfecta casada* las más francas y sagaces distinciones entre la vida civil —la del casado particularmente— y la vida monástica, llegando a las más claras admoniciones de que la una no estorbe ni embarace la otra.

Cuando el Colegio del Rosario alcanzó la madurez de sus frutos a fines del siglo XVIII, produjo esa prodigiosa generación civil, que pudiera llamarse la *Generación del Semanario*, en la cual se afirma ese tipo de ciudadano, probo, abnegado, estudioso, celoso de su con-

dición pero hondamente penetrado de esa religiosidad positiva que requiere una sociedad sinceramente católica.

Este espíritu secular, de *secular religioso* —título significativo de una notable obra ascética neogranadina de aquella centuria— da claros visos republicanos en plena colonia con la singular organización interna del Colegio Mayor. Nadie mejor que el Rector Carrasquilla describió por dentro ese cuadro que el doctor Arrubla nos ha mostrado humorísticamente por fuera. “Como sabéis —dice Monseñor en un discurso de clausura de estudios— cuatro son las especies de alumnos que frecuentan el Colegio. La comunidad propiamente dicha consiste en los quince colegiales, jóvenes que ganan su puesto, vencedores en solemne concurso, y a quienes el Colegio suministra gratuitamente enseñanza, alimentación, libros y vestido. Tienen derecho de preferencia en las elecciones de los altos dignatarios. Los convictores pagan al colegio su pensión alimenticia; los oficiales prestan sus servicios a toda la comunidad. Los externos sólo oyen en el colegio las lecciones.”

Y en seguida el autor de las lecciones de Metafísica y Ética expone, con su característico don de claridad, las ventajas de esta jerarquía estudiantil: “Estas distinciones —declara— lejos de estorbar la marcha del Colegio la favorecen; lejos de disminuir la fraternidad entre los alumnos, la robustecen. El joven pobre a quien el colegio sostiene, no se siente humillado, porque ganó su beca con sus propios esfuerzos y porque tiene prerrogativas superiores a los demás. En cambio, el Colegio no puede creerse superior a los convictores que están escudados con la posición pecuniaria de sus padres y que, por el hecho de costearse, quedan en posición de noble independencia. Los oficiales, sin las prerrogativas del colegial, sin las ventajas mismas del convictor, viven, por los oficios mismos que desempeñan, en más íntima comunicación con sus superiores, alcanzan de ellos particulares muestras de benevolencia; y si los otros alumnos tienen derecho a preeminencias, los oficiales se hacen merecedores de la gratitud del Colegio.”

En mis días de oficial y colegial de número ya se habían, con ventajas y desventajas, alterado y entrecruzado estas líneas armoniosas. Se habían dejado de proveer ¡ay! las colegiaturas exclusivamente por méritos y en concurso; y se había librado a los oficiales de su antigua y no siempre grata servidumbre, propicia a la adulación y el es-

pcionaje; pero persistía en el fondo ese acento de igualdad que predisponía el ánimo para el sentimiento y goce de genuina democracia republicana. Y eso era el Rosario. Una jerárquica democracia y una aristocrática república. República de selectos elegidos, no aglomeración de muchedumbre ignara, de chusma violenta, de plebe soez explotada por demagogos voraces y logreros.

Fácil es escuchar, entre los muros del Rosario, como si fuera un eco grandilocuente de las constituciones de Fray Cristóbal, aquella arrobadora invocación del colegial, consiliario y vicerrector Camilo Torres: ¡Igualdad! Santo derecho de la igualdad; justicia que estribas en esto y en dar a cada uno lo que es suyo. Inspira a la España europea estos sentimientos de la España americana.

De este modo los títulos de nobleza de sangre exigidos a los colegiales por las constituciones se trocaban en blasones de equidad y de justicia.

Esta lenta maduración de la conciencia republicana mostró, al fin, los tintes de su sazón jugosa con el magisterio de Mutis. Todo el mundo admite que este sabio sacerdote de Dios y la naturaleza es el precursor metropolitano de nuestra independencia política. Pero lo que no todos claramente descubren es que en el Colegio del Rosario, no por su ambiente coetáneo inexplicablemente retrasado, sino por sus profundas tradiciones normativas halló aquel egregio naturalista el más adecuado recinto para su enseñanza. José Celestino Mutis, padre de los padres de la patria, tenía que venir a fecundar con nuevos gérmenes de ciencia y de virtud, las entrañas del Alma Mater. Por eso la fecha 13 de marzo de 1762 tiene contornos históricos nacionales en los Anales del Rosario. ¿Ese día inició el astrónomo, médico, botánico y sobre todo sacerdote Mutis la cátedra de Matemáticas, en la cual ante el asombro de sus oyentes por qué tanto retraso científico aún con relación a España?, desengañó él a los alumnos del Rosario de que la tierra fuera el centro planetario de los cielos visibles. Puede decirse que fue ahí donde se anudó la alianza de la libertad científica y la verdad revelada que constituye uno de los principios de la mente de Santo Tomás de Aquino, cuya profesión juran los colegiales de número en solemne ceremonia.

Estos fundamentos y circunstancias concurren a orientar y preparar un noble linaje de jóvenes criollos, educados por sacerdotes en el ejemplo y la doctrina del sacrificio cruento, para que a impulso

de trascendentales sucesos exteriores, se convirtiesen, sin abjurar, antes reforzando, su fe religiosa, a una fe civil que reclamaba también la heroica ofrenda de la sangre; y al mismo tiempo encontrasen esos jóvenes de selecta estirpe ocasión de invertir un caudal de energías acumuladas por la preeminencia social y desperdiciadas en el quieto y largo vasallaje de la colonia.

El servicio de Dios y del Rey, estatuido en las constituciones de Fray Cristóbal se modificaba, sin menoscabo, en *servicio de Dios, la Patria y la naturaleza americana*.

Tenía que pasar, pues, el Colegio del Rosario por la piedra de toque del martirio. Y viéronse llegar entonces ferozmente atados por los sicarios de una misma tiranía, desde fuera del Claustro venerando, otros testigos de diversa índole que, entre sus muros cumplieron, en augusta hermandad con los mártires del Colegio, los ritos preparatorios de su holocausto.

La sombra flébil de Policarpa Salavarrieta, especie de druidesa de *culto oculto y forestal*, surgía, allá en mis noches de internado, del cuchitril donde estuvo encerrada la víspera de su sacrificio y se enlazaba con la sombra larga y austera del Sabio, que desciende, por la escala, de la prisión al patíbulo, para ascender a la inmortalidad.

## CAPITULO SEGUNDO

*De cómo Rafael María Carrasquilla y Ortega, sin antecedentes rosaristas absorbió en sí y unimismó las Constituciones, el Colegio y el espíritu del Fundador.*

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en la época republicana, corre la suerte, próspera o adversa, de los centros oficiales de enseñanza. La autonomía de que gozó en la colonia se trocó en sumisión bajo los diferentes gobiernos de la República. Las funestas leyes escolares expedidas durante la administración del General José Hilario López más bien, sin embargo, favorecían la perdida tradición del Colegio, por su tendencia a descargar al gobierno central de mayor incumbencia en la educación superior de la juventud. Y en verdad, tanto el presidente López en 1853 como más tarde el presidente Manuel Murillo Toro en 1865 trataron de restablecer el régimen por sus Constituciones; pero las perturbaciones y los hábitos que dominaban el país malograron esos poco firmes deseos. Muy a menos había venido el ilustre plantel al despuntar la Regeneración. El pre-

sidente Núñez se propuso levantar de su postración “la cuna intelectual de los fundadores de la patria”. Dígase lo que se quiera, el régimen implantado a raíz de la guerra civil de 1885 era más propicio para ese restaurador empeño.

Confió el gobierno la rectoría, primero a don Carlos Martínez Silva y luego a don José Manuel Marroquín. No se habían formado en el Rosario estos dos patricios y publicistas descollantes y estaban lejos de compenetrarse con el verdadero espíritu del histórico claustro.

La envarada rigidez del primero, por lo demás excelentísimo profesor universitario y el tono zumbón, familiar, doméstico como entendía del autor de la *Perrilla* el manejo de un Colegio no podrían lograr y no lograron renovar la auténtica fisonomía del Colegio Mayor. Bajo Marroquín florece la anécdota jocosa muy a tono con el costumbrismo del anterior período. Eran los días en que se preguntaba en examen de Religión: “Para el efecto del ayuno, ¿el chicharrón es carne o es pescado”?

El vicepresidente Carlos Holguín decidió nombrar rector en 1890 al joven presbítero don Rafael María Carrasquilla. No se recibió con entero beneplácito este nombramiento. Cierta hostilidad o prevención anticlerical o desconfianza de la acción docente del clero se había instilado especialmente en la juventud de la época. Tampoco estaba vinculado al Rosario el nuevo rector ni por su formación ni por antecedentes de familia. Con todo, no se ha parado mientes, ni aún en esta ocasión centenaria, en un signo de predestinación que parece traer desde la cuna Monseñor Carrasquilla. El hijo del insigne poeta y educador don Ricardo Carrasquilla y de doña Emilia Ortega, de procerca estirpe, nació justamente el 18 de diciembre de 1857. En la misma fecha en que había nacido el Colegio, nace dos siglos después su Restaurador y segundo Fundador. De suerte que el natalicio de Rafael María Carrasquilla viene a coincidir con el natalicio de su Colegio.

Además, ya en 1881, desde las columnas del inolvidable *Repertorio Colombiano*, cuando no soñaba talvez con alcanzar esa posición rectoral tan delicada, el entonces seminarista Rafael María Carrasquilla anunciaba la resurrección de la filosofía escolástica en Colombia conforme a la mente del Doctor Angélico, recordaba jubiloso los tiempos en que el ilustre arzobispo dominicano había implantado la enseñanza de esas doctrinas y citaba el precepto de las arrumbadas constituciones que tales enseñanzas imponía.

Ardua labor disciplinaria tuvo que arrostrar el joven presbítero en los primeros años de su rectorado. Del más disolvente prurito de *pataneria* y subversión estaban poseídos los estudiantes. Y no traigo a cuento casos espectaculares, y aún vergonzosos de esa laya para que mis disciplinados alumnos de Santa Librada no aprendan las deliciosas prácticas de ese buen tiempo pasado que los viejos viven añorando por esa virtud selectiva de la materia que desecha las impresiones desagradables y penosas. Lo que no era inurbanidad y grosería, no siempre de inocente matiz moceril, era espíritu de discusión y polémica. Este ánimo contencioso y socarrón del estudiante bogotano subrayaba, de veras, el título de Atenas Suramericana de que nuestra capital nunca se ha envanecido. Las clases de religión y filosofía eran los estudios más propicios a esta pugnaz disposición. Una vez, demostrando el catedrático la resurrección de Lázaro, no queriendo dar su brazo a torcer uno de esos discutidores sistemáticos, salió con que eso podía ser verdadero milagro, pero un milagro de tercera. Y en una academia literaria se sometió a votación, para salir de dudas la existencia de Dios, que resultó aprobada por un solo voto de mayoría, el del presidente, que decidía en caso de empate. Por eso le decía a un repórter, don Clímaco Calderón que presidió esa sesión decisiva, que a él se debía la existencia de Dios.

Más fácil y rápidamente supo encauzar el doctor Carrasquilla este flujo polémico, excitado por las pugnas civiles y políticas de la hora que las tunantadas y desvergüenzas de conducta. Pero al fin a la anarquía sucedió el orden mediante la prudencia y ductilidad de los sistemas de represión y el Colegio del Rosario llegó a ser esa maravilla de régimen interno, que tantos de nosotros conocimos y disfrutamos, a igual distancia de la dureza cuartelaria de entonces y de la complacencia casera nada rara entonces como ahora.

¿Cómo se cumplió esta ejemplar transformación? ¿Cómo adquirió el Colegio del Rosario esa fisonomía peculiar de casa de varones conducidos y educados por varones? He aquí el *misterio* de la autoridad. Los que como yo tuvieron la honra de tratar de cerca a Monseñor Carrasquilla, con sólo devolverle mentalmente a su figura lo que la edad y las fatigas le habían ido restando, pueden señalar los rasgos permanentes de esa magistral y avasalladora superioridad.

Tratemos, rosaristas que me escuchan, de revivir su imagen física: su estatura majestuosa, no muy erguida, su recia complexión, la prominencia de su frente, sus ojos inquisidores, el óvalo alargado de

su rostro, la dicción ahuecada, el tono parsimonioso, pausado, su voz. ¿Cómo era su voz, cómo era? Los retratos de personajes históricos se deslustran, se despintan porque no podemos describir el sello de su voz. Parecen figuras sonámbulas o escapadas de un sueño. En esta edad de prodigiosa expansión del sonido, con más ahinco quisiéramos disponer de una antena del tiempo, de un llamémoslo, *registrador tele-erónico* para captar la voz de Bolívar, que dicen aguda y perentoria como toque de clarín, la voz de Santander, seca, sinuosa, con apreturas labiales de altiplanicie, la pujante voz de Caro, la dejativa voz de Uribe, la sedosa voz del Arzobispo mártir. En verdad, la inflexión y acento de una voz, la voz misma es el hábito denunciador de la personalidad. Monseñor Carrasquilla, dominaba, sin proponérselo, con sólo el tono de voz. Pero la autoridad de Monseñor radicaba en elementos más complejos de su persona. Y era, desde luego, una autoridad intelectual; pero no estribaba su fuerza en los prestigios de brillante ilustración. Otros fueron y son muchos más ilustrados que él. Ni en sus dotes de profesor enaltecidas por el resplandor de una cátedra —la de Metafísica— que él creó en Colombia como la de Matemáticas el sabio Mutis. No era Carrasquilla, por lo menos el que yo conocí, ese profesor insuperable que muchos han creído o fingido creer. No. La autoridad intelectual del autor de *Lo nuevo y lo viejo en la enseñanza* procedía de la conjunción singular de sus dones de claridad y orden en la exposición, penetrante seguridad en sus afirmaciones y principios, lucidez en las ideas, habilidad, sin torceduras, en el raciocinio y sagacidad y prudencia en las amonestaciones y consejos. Y esta inefable urdimbre de su autoridad intelectual se sustentaba en la integridad moral del sacerdote y en los privilegios sociales y culturales de su cuna. Pertenece en efecto Rafael María Carrasquilla a la cuarta generación republicana, la que intervino con Núñez y Caro en la reconstrucción política del 86 o a ella se opuso. Era su padre miembro conspicuo de la generación del 48 que es la segunda generación romántica, y su abuelo don José María Ortega y Nariño, sobrino del Precursor, se contaba entre los próceros de la Independencia que forman la generación surgida bajo las dianas de Boyacá y criada a los pechos de la gran generación del Semanario, la engendradora espiritualmente por Mutis. Estos patrios blasones y el apostólico magisterio del progenitor sin duda exaltaron el ímpetu del hijo y nieto de abnegados patriotas cuando cierta manifestación subversiva pretendió incorporar a los alumnos del Rosario a su protesta ca-

llejera. Hizo abrir las puertas el Rector para que saliera el que quisiese, perdiendo el derecho de volver al claustro. Y cuando alguien de la calle gritó: ¡Eso es falta de patriotismo! irguióse con cesárea majestad el maestro e increpó al osado: “A un descendiente de Ortega y de Nariño ningún mocososo le viene a enseñar patriotismo”, dejando mudos y atónitos a los manifestantes que se retiraron sin más insistencia.

He dado a entender que Monseñor Carrasquilla no descollaba en sus clases tanto como en otros sitios de docencia y rectoría. Indeleble huella me dejó la primera plática que le escuché una noche a su regreso de Lima. Las conmovedoras atenciones que recibió de sus discípulos diseminados en el trayecto, acuciosos de saludar a su anciano Rector, las distinciones a que se hizo acreedor en la ciudad de los reyes con ocasión del centenario de Ayacucho, en que su voz enaltecía la sacra elocuencia colombiana en escenario de naciones, todo lo hizo derivar el insigne orador a una lección de amor patrio y cristianos afectos, pronunciada con precisión léxica y armoniosa fluidez. ¿Y qué decir de las conferencias nocturnas de los retiros espirituales en que la efusión paternal y los estímulos más nobles suavizaban la horrida visión de los hornos de Bilbao con que los predicadores matinales sensibilizaban las penas del infierno?

Larga copia de actitudes e incidentes análogos pugnan por saltar de mi memoria para explicarme cómo insensiblemente, año por año, y sin ningún gesto dictatorial Monseñor Carrasquilla se fue sustituyendo a las Constituciones antiguas y a las nuevas —porque las Constituciones del Rosario también han sufrido su reforma y su contrarreforma— fue como asumiendo la personalidad del Fundador y encarnando el espíritu del Colegio. A medida que la fábrica material, gracias a la perseverancia y tino rectorales se fue remozando, ensanchando y dotando conforme a las más ambiciosas exigencias modernas, todo lo que el Colegio del Rosario mantenía de tradicional, de autoritario y normativo se fue plasmando y confundiendo en la persona misma del Rector. En mis años de colegial se citaban las Constituciones sin conocerlas, al punto que muchos tomaban a broma la prescripción que dizque ellas hacen de servir medio pollo y postre de caña a los colegiales en el almuerzo. (El postre de caña, el indispensable *melado* se conservó para todos como diaria confitura. El medio pollo se escatimó siempre a los colegiales y se le reemplazó por la imprescindible papa, maldecida por Gutiérrez González, y cau-

sa material o formal de una huelga de hambre que le acarreó la expulsión al piadoso colegial Antonio Vicente Arenas, después escritor profano y rebelde). Y Fray Cristóbal de Torres no era sino una esttua y un ejemplo de sustancia en el texto de Metafísica. Todo ello explica las convulsiones que sobrevinieron a raíz del fallecimiento de Monseñor en 1930, inevitables trastornos que Luis María Mora, con enherboladas saetas de cacique muísca refinado y agudizado por las sátiras de Juvenal, juzga de modo sobremanera injusto pero explicable a todas luces en quien hubo de asistir a un vuelco dolorosísimo para todo el que estaba radicalmente habituado a la noble sujeción anterior. Lo importante es que de esta crisis quedara el espíritu a salvo y sería reputar sobremanera frágil y circunscrita la acción de cuarenta años de fecundo rectorado el creer que la muerte destruiría una obra cimentada en sólidos principios y tradiciones.

### CAPITULO TERCERO

*Del amor y adhesión que los liberales profesan al Colegio más conservador y tradicionalista.*

Los tres misterios que siguen se encierran en uno, como en la fórmula del Catecismo: en el mismo misterio del gran Rector. Les concederé menos extensión de suerte que no alarguen desmesuradamente estas líneas.

Voy a ocuparme ahora en política, sin miedo y sin rebozo. En el Colegio del Rosario no se hizo política; pero se habló a menudo de política por lo alto y también por lo bajo. Allá sabíamos quienes de nosotros eran conservadores y quiénes eran liberales y lo sabía también Monseñor. En cambio no recuerdo haber conocido ningún estudiante socialista en el Rosario y sólo un ateo, teórico y práctico, el chiquitín Clovis Gutiérrez que ostentaba con altivez un tanto socarrona su ateísmo y que a mí me parecía personaje de otro mundo, diabólico, escapado de las páginas de las *Ruinas de Palmira* de Volney o del *Origen de los cultos* de Dupuis.

La política, en bien o en mal, nos ha modelado a todos los colombianos. Y a ese arte o maña de gobernar a los pueblos y orientar sus destinos pudiera endilgarle nuestra asendereada patria aquella romántica imprecación:

Ni contigo ni sin ti  
tienen mis penas remedio.

Aquí somos conservadores o liberales por herencia de odios y simpatías, por recuerdos de familia e impresiones de mocedad y hasta por ideología, que sirve para consolidar nuestras previas inclinaciones partidarias. Y tan encorchetados nos vemos en uno u otra vestidura política, que cambiarla sin más ni más revela entre nosotros falta de carácter o menguados intereses.

Monseñor Carrasquilla era conservador por doctrina, por familia, por explícita denominación y hasta por temperamento. Entre sus libros escribió *Ensayos sobre la doctrina liberal* en que las condenaciones y censuras rozan mucho con el liberalismo radical de su tiempo. A ese opúsculo y a las *Cartas políticas* de Holguín debo yo el primer cemento ideológico y más o menos polémico de mi conservatismo hereditario. Ya hemos visto cómo el Colegio del Rosario y su Rector Carrasquilla llegaron a ser una misma cosa. Y de vivir hoy nada le hubiera sorprendido tan agradablemente como cierta declaración que corre publicada en que salientes caballeros bogotanos renuncian a errores del viejo liberalismo decimonónico y se adhieren a las condenaciones doctrinarias consignadas en él, para aquél, aborrecido Syllabus. Pareceríale triunfo del Rosario, del espíritu de la casa madre.

Siendo, entonces, el Colegio del Rosario un Instituto tradicionalista en doctrinas y costumbres y Monseñor Carrasquilla no sólo un espíritu conservador pero antiliberal *Strictu sensu colombiano* y puesta su pluma al servicio de los principios y régimen conservadores, ¿cómo se explica el especial apego y simpatía de los liberales al Rosario y la fidelidad que los hijos liberales del Colegio, numerosos en cantidad y excelencia le han demostrado a su Alma Mater? Se ha tildado o reputado en efecto al Colegio del Rosario, en la época a que me he referido, como fábrica de liberales. Las mamás conservadoras temblaban cuando tenían que mandar un hijo al Colegio del Rosario. Y por mi parte, ante los nombres de Darío Echandía —*luciferina dialéctica*— Carlos Lozano y Lozano —malograda ilustración y elocuencia—, Fabio Lozano y Lozano grata erudición histórica, Antonio Rocha —alta prosa y alta disciplina—, Ricardo Tirado Macías —armonioso verbo jacobino—, José Manuel Saavedra Galindo —áurea elocuencia y amor patrio—, José María Restrepo Millán —audacia y agilidad lingüística—, Demetrio García Vásquez —incansable y múltiple—, Tulio Enrique Tascón —sabiduría jurídica e histórica—, Domingo Irurita —médico positivista que enseñaba en el Liceo Palmi-

rano filosofía por el texto de Monseñor— y José Francisco Socarrás—socialista y freudiano—, que aunque no liberal sirvió al gobierno liberal o se sirvió de él y a quien le escuché no ha mucho el más vehementemente elogio de Monseñor Carrasquilla; cuando los oigo, los leo, a ellos y a otros de su escuela o me les acerco, mi orgullo de rosarista se sobrepone a mis convicciones de adversario.

Encuentro la explicación de aquel fenómeno simpático en dos fuerzas complejas que a los hijos del Rosario nos comunican un íntimo aire de familia y nos facilitan llegado el caso, la unión sagrada por encima de incontrastables desacuerdos: el *individualismo* y el *patriotismo* mejor dicho, cierta forma de individualismo y cierta noción y sentimiento de patria.

Tenía Monseñor Carrasquilla y, naturalmente se lo infundió a su Colegio marcadas tendencias individualistas, que asimismo son también, y más notorias, en su eminente sucesor, Monseñor Castro Silva. No se trata de individualismo en sentido manchesteriano y burgués, sino más bien de cierta predisposición a anteponer el individuo al grupo, a enaltecer los valores individuales, no considerando al individuo como fin en sí mismo pero sí como independiente y autónomo frente a la realidad natural y a la organización social. Esta tendencia tenía en Monseñor y su Colegio sus implicaciones políticas, oponiéndose a los sistemas exageradamente colectivistas “como doctrina aristocrática en un sentido restringido y, más ampliamente como una democracia”. Esta actitud se deriva de la pura moral cristiana “que aunque condena las formas de individualismo que aislan al hombre en el universo y lo deifican, ha defendido siempre tanto en el campo moral como en el político, los derechos del individuo por ser éste responsable único de sí mismo ante Dios. La moral cristiana es esencialmente una moral del individuo...” (Véase Boson, *Enciclopedia del católico*, 1951). Para Carrasquilla la política constituía una actividad ética. El individualismo rosarista se manifiesta como estado difuso que se aclara más con indicios y síntomas que con definiciones: La desconfianza de nuestro Rector por las agrupaciones y corporaciones; desconfianza práctica y de temperamento puesto que en teoría las reconocía benéficas e indispensables. A propósito me acuerdo de que a unos colegiales juramentados que le pedimos permiso para ingresar a la juventud católica, nos dijo que eso no era juventud católica sino juventud bartolina y que si, a cada uno, no nos bastaba ser colegiales de número.

Y luego, entre otros rasgos de que hablaré en cualquiera otra ocasión, esas peculiares relaciones entre superiores y alumnos y de alumnos entre sí, que tanto asemejan el Rosario al Seminario de San Sulpicio, tal como lo describe Renán en sus *Souvenirs d'enfance et de Jeunesse* y a las cuales volveré a referirme al considerar el misterio de los profesores.

El patriotismo de Monseñor Carrasquilla era una antorcha de amplia, urente y permanente candela. Pero que más vivamente ardía cuando se removía el tema de la guerra de Independencia y de sus héroes y mártires, tan vinculados al Rosario. Su expresión literaria más cabal está condensada en su estudio titulado *La emancipación de América ante la moral católica*. En esa pequeña obra maestra de la elocuencia didáctica se afirma como inseparables la noción de patriotismo y el entusiasmo por la emancipación de América y la admiración por nuestros próceres; se sostiene la madurez de las colonia nuestros padres tenían muchos bienes; pero no tenían patria, cuya noción, como la de colonia y la de estado fija el autor con su pasmoso vigor dialéctico; se expone y exalta el derecho que reclamaban los hombres cultos y conscientes de la colonia, de convertirla, aún por la fuerza en estado libre y soberano, derecho que publicistas conservadores, por mal entendido hispanismo de última hora están como empeñados en recortar, o amortiguar y su ejercicio deplorar, emparejándose ¡qué tal! con el gallego Madariaga, paisano del Pacificador Morillo y polígrafo liberal, en esa detracción de nuestras mayores glorias; como si no bastaran, para la concordia hispanoamericana los lazos de fe, cultura y lengua que a la metrópoli nos ligan con nudo ciego.

En este punto se mostraba intransigente Monseñor pero, por lo mismo, su amor a la patria no tenía ese exclusivismo sectario a que todos somos aquí propensos. La total amplitud de ese amor lo impulsaba a condenar, con alta franqueza, nuestras sangrientas discordias, como en ese sermón sobre la Fundación de Bogotá pronunciado en plena guerra del 85 en que el execrar y lamentar el destrozo de vidas útiles al país, en servicio de causas y principios ignorados por las propias víctimas de la fratricida reyerta, exclamaba: “A veces un jefe menos en las filas enemigas es también un servidor menos de la patria.” El no podría entender, pues, eso de república conservadora y menos de república liberal. Y si pudo aceptar aquel principio, por lo demás

enunciado por un liberal francés. “La República será conservadora o no será”, sería sólo entendiéndolo como salvaguardia de la autoridad legítima y el orden justiciero y como protección de la educación religiosa y de los derechos de la Iglesia en armonía con el Estado.

Esto no obstante, sus predilecciones conservadoras penetraban en campos bien ajenos de la militante política. Y a mí me sustentó, en su aposento, la tesis de que la poesía colombiana es conservadora, y de conservadores militantes, bastando para comprobarlo pasar esta lista epónima: Ortiz, los Caros, Arboleda, Gutiérrez González, Rafael Pombo, Fallón, Pena, Rivas Groot, Casas, Arciniegas, Valencia y hasta Isaacs cuando escribió *La María*. Precisamente surgió tal cuestión conversando sobre Ricardo Nieto a quien él consideraba príncipe de los poetas de nuestro Valle y cuya obra lírica completa editó el gobierno departamental del Valle por feliz iniciativa de Humberto Raffo Rivera con prólogo de quien os habla. Mas de este hecho saliente no tomaba el insigne Maestro y sacerdote pie para una acción persecutoria o coactiva del pensamiento y sensibilidad de sus discípulos. Vedabásele el sentido urbano de la tolerancia personal, que nunca fue transigencia con el error, sino aflujo de su concepción del respeto a la conciencia del individuo.

Por manera, pues, que lo que en los liberales del Colegio Mayor sobrevive de ataduras individualistas y lo que en ellos alienta de amor a la patria con todas sus consecuencias históricas, los mantiene adheridos a esa fuente nutricia con todos sus ornamentos tradicionales y nos conserva, sin estatuto sindical, hermanados a los hijos del Rosario, que, liberales y conservadores, no se niegan el saludo en la calle y antes al contrario, se prestan servicios generosos, por debajo de la mesa.

No hay en el espíritu y la letra de las Constituciones ni en los actos y palabras de nuestros más egregios rectores eclesiásticos el más leve resquicio por donde pueda colarse una incitación a la violencia para alcanzar posiciones o implantar sistemas de gobierno ni siquiera una aceptación cobarde de los efectos de la coacción triunfadora de los partidos. Para el rector de ayer como para el de hoy, egregios ministros del divino mensaje, con mal entendida violencia no se conquista ni el reino de la libertad ni el reino de los cielos.

Y he aquí cómo no fue que los rosaristas se hicieron liberales; sino que los liberales han sido fieles rosaristas, hasta en el betiver de sus recuerdos escolares: la Bordadita, las cenas de mayo, los retiros, los tremendos exámenes y las regocijadas anécdotas de superiores y porteros.

*De cómo el espíritu del Colegio Mayor era más eficaz  
que sus profesores.*

La nostalgia no puede ser programa de vida. Empeñarse en volver a un presunto tiempo pasado mejor equivale a una derrota ante la vida, ante el afán presente. Hay, sí en nuestro pasado valores mejores que los actuales. Tratemos de renovarlos. Si son en realidad mejores nos servirán para nuestra presente conducta. Pero no todo lo presente, lo actual y moderno, merece vituperio y rechazo, ni encomio todo lo pretérito. Quisiera preguntarles a los *laudatores temporis acti*, cuál era ese buen tiempo pasado donde reinaban, como en la Edad de Oro, la paz, la tranquilidad y la concordia. Cuando subí a jurar mi colegiatura, —y ya ajusté las bodas argentinas de tan solemne suceso—, deploré, con acento fúnebre, la decadencia de mi tiempo e invité a retornar a un soñado paraíso anterior. Hoy aquel tiempo pudiera ser mi mejor tiempo pasado. Las buenas condiciones antiguas, —el buen tiempo pasado— han ido desapareciendo o alterándose paulatinamente; por eso no sabemos en qué época brillaban ni cuándo comenzaron a extraviarse o desvanecerse. *Cada día trae su afán* reza la sentencia con que Cristo nos aconseja que vivamos nuestro día para nuestra salvación. Y no nos hemos de salvar por pertenecer a la Edad Antigua, a la Edad Media, o a la Edad Moderna, sino en virtud de la gracia concedida a todas las épocas vivificadas por el espíritu.

He creído y he podido comprobar que la educación del Rosario nos ha formado para cualquier tiempo y lugar. Porque en todo tiempo y lugar nuestros enemigos —los mismos enemigos, interiores y exteriores, antiguos, medios y modernos—, nos combaten y persiguen. Ahí está el misterio del lema *Nova et Vetera* que ostenta el Rosario y que a sus hijos llegó a parecernos estribillo resobado, monedilla gastada por el uso; pero que se precisa en este aforismo de la Escuela tomista restaurada: *Vetera novis augere et perficere*, acrecentar y perfeccionar lo antiguo con lo nuevo.

Lo que podemos llamar, pues, el espíritu del *almo claustro rosarista* obraba con el concurso o a pesar de sus profesores. Podrá saber desapacible remover (en ocasión jubilosa) los aspectos desfavorables o que por tales se juzgan del objeto a que se rinde homenaje de venera-

ción. Pero a los tiempos se les debe justicia como a los hombres. A los estudiantes de hoy, a nuestros discípulos, que esperan recibir de nosotros *ahora* la lección *del día* no podemos seguir desalentándolos con la cantinela de que sólo antaño, en ese vago antaño, se estudiaba, se aprendía y se disfrutaba de verdaderos, honestos, puntuales, consagrados y sabios expositores y maestros. Cuando, justamente, uno de los desengaños que sufrí, que sufrimos muchos, fue verificar que no todos los profesores del primer instituto nacional de enseñanza correspondían al nivel y medida, que el joven estudioso y bien dotado de cualquier época exige de sus guías y conductores intelectuales. Por un Luis Enrique Forero, *quien hacía amar el latín* —¡difficile opus!—, mediante una *mayéutica* que le envidiarían los más adelantados pedagogos, por un Roberto Cortázar, que tejía y acomodaba la sintaxis latina en el cacumen de los muchachos como redecilla de quinceañera, por un Francisco María Rengifo, que de la árida lógica extraía miel de suave y gradual enseñanza —y sólo entresaco de la nómina que me tocó probar— que pocos catedráticos ascendían al aula Mutis, al aula Masústegui, al aula Caicedo que eclipsarían a nuestros humildes maestros de provincia. ¿Cómo hacer creer que en el Colegio Mayor el profesor de Literatura —apodado con rudo epíteto— hacía pesado, inameno, en suma, odioso el estudio de la belleza, aún disponiendo de un texto acorde con las normas metodológicas que hoy rigen, el de Antonio Otero Herrera? ¿Y qué la clase de Historia Universal se reducía a catálogo de guerra y dinastía aprendidas al pie de la letra? Yo vi reprobar a un alumno que confundió un monarca de la casa de Hohenstaufen con la de Franconia. Y los estudiantes que en los Institutos sin renombre de nuestra comarca habían asimilado la gramática castellana con José María Villegas, con Leonardo Tascón, con Gonzalo Mejía, con Roberto Delgado, con Jesús Reyes, no habrían aprendido en la clase de Filosofía del lenguaje que regentaba Luis María Mora sino *chispazos* bogotanos, explicaciones estropajosas y comentarios desvaídos cuando no malévolos. Antonio María Barriga Villalba, uno de los poquísimos hombres de ciencia que al mundo civilizado le puede ofrecer la patria de Caldas y Garavito, exponía los laberintos de la Física y la Química muy por encima de la comprensión del estudiante más capacitado; pero siquiera sus lecciones brindaban la más alta garantía científica de corte universitario y sus calificaciones, alarde de la más minuciosa imparcialidad. Y Gerardo

Arrubla que hacía Historia Patria, como para compensar las empalagosas arideces del curso de Historia Universal, nos fascinaba literalmente, desviándose del orden riguroso de la materia cuyo texto había escrito, con relatos y juicios de *petite histoire* de la nuestra y de todas las naciones que hacían de ese gentil, encantador e ilustrado patricio una especie de *Lenotre* santafereño.

Sin embargo de aquellos lunares, que sólo resaltan por tratarse de la eminente posición escolar del Rosario, el Colegio Mayor procuraba un conjunto de enseñanzas, claro, armonioso, exento de indigestos recargos y suficiente a la sazón para cimentar una sobria cultura general a los jóvenes que acudían a sus aulas de toda la república y aún del extranjero.

Pero sobre todo, ese indefinible espíritu del Colegio imprimía honda marca en la índole y estilo personal de sus educandos de modo que no necesitan lucir al pecho la insignia de Calatrava para que se les reconozca como rosaristas. Y como rosaristas actúan en las diversas facetas de su vida. Con el buen profesor —y los había óptimos— uno aprendía, lograba uno dominar los fundamentos de la materia, se proponía no perder un ápice de sus lecciones, esfuerzo meritorio entonces en que no existía riguroso registro de puntualidad y vigilancia y hasta cultivaba discretamente su trato y compañía. Con el mal profesor —y los había pésimos— quedaba el recurso de sacar partido de una modalidad interior del Colegio que es donde hallo semejanza con el Seminario de San Sulpicio, tal como lo vio por dentro y con diafanidad lo describió Renán. Traduzco este pasaje de los *Souvenirs d'Enfance* que, en la edición Nelson, de que me sirvo, leí, no a hurtadillas, y con fruición en los corredores del claustro de jurisprudencia: “Las relaciones de los directores de San Sulpicio con los alumnos tenían un carácter amplio y discreto. De seguro no hay establecimiento en el mundo donde el alumno se sienta más libre. Se puede permanecer tres años en San Sulpicio de París sin sostener ninguna relación seria con alguno de los directores. Se supone que el régimen de la casa obra por sí mismo. Los directores llevan exactamente la vida de los alumnos y se ocupan en ellos lo menos posible. Si no siente una afición al trabajo, puede pasar todo el año sin hacer nada y hay que confesar que no pocos usaban con largueza de tamaña ventaja.” Sustitúyase San Sulpicio de París por el Rosario de Bogotá, agréguese que esa ventaja para no hacer nada podía aprovecharse para que un

joven inquieto e inconforme se dedicase por su cuenta y riesgo a estudios e investigaciones no incluidos en los prospectos, y se tendrá el diseño de un ambiente donde la elasticidad disciplinaria favorecía el repliegue o la exaltación de la conciencia individual. El claustro presidido por el bronce de Fray Cristóbal era el jardín adecuado para la planta libre del autodidacta, del soñador, del meditador e investigador solitario.

Y por este camino paso a considerar mi misterio, mi quinto y último misterio.

#### CAPITULO QUINTO

*Del modo peregrino como un oscuro hijo del Valle del Cauca llegó a bachiller y doctor en Filosofía y Letras en el curso de un año.*

Sólo en ese ambiente singular, bajo ese régimen sulpiciano y al calor de ese *espíritu del claustro* favorecedor de libres vocaciones individuales estimuladas por tangibles ejemplos patrióticos pudo ocurrir lo que ocurrió con este oscuro —en recomendaciones y merecimientos— estudiante de Buga. En ningún establecimiento moderno circuido de restricciones y veedurías y sujeto a registros y exámenes frecuentes se dan largas a un caso similar. Como de Monseñor Dupanloup cuenta el mismo autor de los *Recuerdos de infancia*, en el Colegio de Monseñor Carrasquilla, cuya figura de maestro en tantos puntos recuerda la de Dupanloup, no había otra sanción que la sanción máxima y última, la admisión o rechazo para el año entrante que el Rector mismo le anunciaba al alumno al despedirlo en la contigua casa rectoral después de los exámenes finales. Esa boleta por él expedida para retirar enseres y salir a vacaciones, a los ojos del interno, oficial o convictor, se volvía la sentencia del Valle de Josafat.

En 1936 había venido a menos la Facultad de Filosofía y Letras, fundada en 1893 con el fin de renovar los estudios filosóficos en Colombia según la mente de Santo Tomás de Aquino y formar, sobre bases puramente humanísticas el profesorado de enseñanza secundaria. Dispersos o delibitados sus cuadros docentes y menguadísimo el número de aspirantes a su título, la Facultad mimada de Monseñor aparecía como lujosa reliquia de años gloriosos. Era yo el único interno —convictor aún— anheloso de seguir esos altos estudios, contra viento y marea, ya que, hijo de familia pobre y numerosa, la carrera de doctor filósofo había llegado a reputarse carrera —que no profe-

sión— de ricos e hijos únicos. Como si los ricos mostraran interés preferencial por la filosofía y por las letras distintas de las de cambio.

Esa posición mía de *rara avis* en el internado y esos *acreditados* con resonantes triunfos en Lógica y latinidad, me confirieron una especie de implícita carta blanca para asistir, cursando aún el bachillerato, a clases de Facultad. Insensiblemente se fue ensanchando esa situación privilegiada pero inadvertida o acatada tácitamente y de esta guisa frecuenté las clases de jurisprudencia más a tono con mis aficiones: el Derecho Romano, el Derecho Canónico, el Constitucional y sobre todo, la Filosofía del Derecho, desde cuyo recinto la palabra y el pensamiento electrizantes de Vicente Castro Silva irradiaba por todo el claustro, produciendo una ola de excitación intelectual que nos transportaba en vuelo de ideas a las cátedras legendarias y floridas de Sócrates y de Platón. Alcancé a aprovechar antes de su viaje a Italia las mejores lecciones de don Antonio Gómez Restrepo, hermano menor de Menéndez y Pelayo, me sumergí en la biblioteca para registrar infolios y consultar volúmenes inaccesibles a mi mezuquino peculio. Evité, no obstante, el empacho mental con compensaciones moceriles interviniendo en jolgorios del fenecido carnaval de estudiantes donde improvisé coplas retribuidas —cancelado curso— con el *bon vino* de los juglares anteclásicos. Obtenida, por felices exámenes la colegiatura de honor, regularicé, mediante matrícula, mis cursos de Facultad, administré la Revista y la Biblioteca, tiempo me quedé para dedicarme al italiano, al portugués y otras yerbas y... corrido el año de 1929 me llamó un día Monseñor para decirme aterrado: "Carísimo Romero, usted ha terminado con lucimiento sus estudios de Filosofía y Letras y no es todavía bachiller." Para salvar tan inusitado trance, como por inasistencia tenía desde bien atrás perdidas la Geometría, la Física y la Química, se improvisó un jurado de habilitación compuesto por doctores en Filosofía y Letras, gracias a cuya generosidad se me otorgó el *cartón* de bachiller casi en el umbral de mi doctorado. De esta suerte se esclarece este misterio que no consistió en que hubiera yo abarcado las materias de la carrera de Humanidades en el transcurso de un año escolar o que se me eximiese, careciendo como carecía de padrinos influyentes, de los requisitos indispensables para diplomarme de bachiller y de doctor.

Caben ahora unas letanías que consienten el título que les doy de los *Últimos días de una Facultad*.

Los estudios de Filosofía en Colombia no han producido sino artículos de divulgación y polémica y textos de enseñanza. La Filosofía en Colombia, desde los días coloniales, ha tenido carácter didáctico escolar.

Por los días 16 y 17 de mayo de este año de 56 dio los *conférences* en Cali el renombrado filósofo medioevalista e insigne profesor Esteban Gilson, de la Academia Francesa. Concurrió a esas dos verdaderas lecciones un auditorio, secular y estudiantil en su mayor parte, que se mantuvo hasta el final numeroso y atento. Comprobar ese interés y escuchar explicaciones de las olvidadas entidades metafísicas —la esencia, la existencia, y el acto puro— en medio de una ciudad de los trópicos indolatinos entregada aparentemente a los afanes del comercio y la prosperidad temporales causóme una de las más vivas emociones que suceso alguno me haya producido. Y entender sin lagunas al anciano pero robusto pensador francés, exponiendo las relaciones entre la esencia y existencia y entre el concepto de existencia de Santo Tomás y la idea de existencia de los existencialistas, me pareció, en mí, no tanto resultado de esa extraordinaria claridad —que suele con todo, pecar de esquemática— de los expositores franceses, sino lejano fruto de la iniciación ontológica que procuraron a mi generación *Las lecciones de Metafísica y Ética* de Monseñor Carrasquilla, deficientes como tratado pero insuperables como programa y guía; como texto de introducción escolar y escolástica a los laberintos de la filosofía.

Porque no han aparecido en esta provincia tropical del antiguo dominio español, investigadores sistemáticos, originales y perseverantes de la que Cicerón definió como ciencia de lo humano y lo divino. Se fundó, por tanto, la Facultad de Filosofía y Letras, como Luis María Mora, que trazó la historia de ese Instituto, lo da a entender, para dotar de maestros idóneos la Instrucción Pública Superior y especialmente las cátedras del Colegio del Rosario. “Casi todos los doctores de la nueva Facultad —decía el mismo doctor Mora en 1915— están empleados en los más altos puestos de la Instrucción Pública y sus numerosos textos de estudio están atestiguando que no en balde trabajan en ramo tan delicado.” Se abrió la Facultad en 1892 y puede decirse que su edad de oro fue su primera época, que podemos extender hasta la gran Guerra Europea en 1914 ya que en ese período los

estudios humanísticos se adelantaron con mayor intensidad y brillo, aunque no con la extensión progresiva que tan altas disciplinas requieren, se contó con un cuerpo de catedráticos de acción continua y sobresaliente y se produjeron tesis de grado —la producción literaria de la Facultad se ha reducido casi exclusivamente a las tesis de grado de sus doctores— muy notables todas y algunas descollantes por su lenguaje y estilo y por la novedad y seriedad de los temas desarrollados, predominando, con todo, las disertaciones pedagógicas o con la educación general relacionadas. En la etapa postbélica del mundo civilizado que se inició en el Tratado de Versalles y que fue para Colombia comienzo de vertiginosa transformación económica e industrial, nuestra Facultad siguió una vía de paulatina decadencia visiblemente a compás de la declinación vital de su Fundador. Por eso murió con él. En sus últimos años —los de Monseñor y de la Facultad— los estudios humanísticos no pasaban de las lecciones de gramática griega y el conocimiento de la prosa ática del siglo de Pericles que Francisco María Rengifo dominaba entonces solitariamente en Colombia; la latinidad mantenía cierto vigor en la cátedra de Prosodia dictada por el vicerrector Jenaro Jiménez para quien no tenía secretos la complicada métrica de Horacio, pero luego se tornaba lánguida en la llamada Suprema de Latín confiada a meros aficionados de la lengua de Virgilio; la Didáctica y la Estética eran campos yermos para toda siembra de orientación docente y para toda idea de belleza; desde la cátedra de Historia de la Literatura todavía irradiaba pero de modo intermitente por sus ausencias diplomáticas el magisterio sólido y erudito de Antonio Gómez Restrepo, el más aprovechado discípulo colombiano del inmenso don Marcelino y el ya mencionado doctor Rengifo introducía con amplio acopio doctrinal y biográfico en los jardines de la Filosofía antigua y medioeval sin que el programa, que yo recuerde, diera tiempo para una penetración más detenida en los peligrosos laberintos de la filosofía moderna y contemporánea. Monseñor sustituyó a Gómez Restrepo en la clase de Literatura Española.

El anciano rector hablaba ya con voz temblorosa y vacilante, no ayudándole la memoria con la docilidad de los buenos tiempos cuando redactaba un precioso y ya agotado resumen de Literatura Universal. A veces daba la lección desde su lecho de enfermo. Y a la sazón ocurrióme con él un caso significativo. Con frecuencia dejaban de

asistir los escasos alumnos externos del curso. Yo, el único interno, debía acudir a la casa rectoral a recibir la lección por la mañana. Una vez entré en la alcoba docente sin aviso, a la hora de clase, y advertí que rápidamente metía Monseñor un libro o un cuaderno bajo la almohada como temeroso de que se le sorprendiera con él en las manos. Picóme la curiosidad este gesto. Y como el yacente catedrático acostumbraba exponer con los ojos semicerrados, aproveché su descuido para tratar de indagar cuál sería el libro escondido ya que buena parte del volumen quedaba por fuera de las almohadas. Alcancé a descubrir la típica marca editorial de la Casa Calleja y una parte del título que mis vivos recuerdos infantiles completaron: *La montaña de luz* de Emilio Salgari. ¡Ah los cuadernos inolvidables de *La novela de ahora!* El severo autor de las severas *Lecciones de Metafísica y Ética* regresaba a sus lejanos días de lector desocupado y quizá furtivo. Así preparaba el eximio orador sagrado sus postreras lecciones. Causóme tal descubrimiento el más sincero regocijo. Mis escapadas con los magos de la aventura Julio Verne y Emilio Salgari recibían a mis ojos aprobación inesperada del más austero magisterio de la Literatura.

Perdió, no obstante, para mí, tan adicto a ella, su prestigio esta asignatura —como se denominaban entonces las materias de curso— ante los resplandores desconocidos de la lengua griega, que aprendí a leer corrientemente con esa pronunciación de predominancia iotacista, propia de los griegos modernos y que a los oídos de quienes no conocen otra que la pronunciación erásmica suena como la más extraña lengua del mundo. Así, conforme a las normas de Reuchlin no seguidas actualmente por ningún maestro de griego, nos enseñaron a pronunciar el lenguaje *le plus beau qui soit né sur des lèvres humains*, como cantaba el divino Andrés, verdadero poeta y helenista. No ha habido verdaderos helenistas en Colombia. Por tal ha sido reputado un historiador y poeta de mi ciudad natal a causa de una generosa dedicatoria de don Rufino José Cuervo. He oído decir que sólo Monseñor Cortés Lee dominaba y enseñaba el dialecto homérico cuando hizo clases de griego en la edad de oro de la Facultad rosarista. Quienes han seguido cursos de seminario eclesiástico han comenzado a estudiar literariamente la lengua de Homero y de Platón pero no se han consagrado, con visible fruto, a enriquecer y difundir los puros tesoros de la belleza helénica en esta tierra de gramáticos y

oradores. Fuera de la Facultad del Rosario, han surgido casos muy aislados de helenismo como el del nariñense Leopoldo López Álvarez y el del huilense Julián Motta Salas pero sin largo y copioso recorrido y sin influjo notorio en el país. Otros posteriores han derivado con noble provecho e incorporándose a la más seria tradición nacional, a la filología y la lingüística. Mas, de todos modos, en la patria de Caro ha prevalecido en forma casi excluyente el humanismo latino sobre el helénico. No sin que falten simulaciones resonantes de este género de eximia cultura como la de cierta escuela o grupo político literario muy expandida, como los morales de la sierra, en una fecunda región montañosa del occidente colombiano, a favor de una elevada figura eclesiástica de mucha autoridad sobre las mocedades locales, el P. Nazario Restrepo. Los excesos verbales de este greco-latínismo inconsistente se habrían curado con el remedio más natural y sencillo: con que sus imberbes seguidores hubieran aprendido, aun rudimentariamente, latín, y griego. Uno y otro idioma, como lo enseñaban en el Colegio Mayor y en su Facultad de Letras Roberto Cortázar, Jenaro Jiménez y, superiormente, Francisco María Rengifo, procuraban una saludable gimnasia del entendimiento y discreta disciplina del buen gusto, desgraciadamente muy restringidas. Tres años de latín y dos de griego apenas alcanzan para salvar, un poco más allá, las dificultades de la gramática y la prosodia. A despecho de nutrición tan escasa aunque sólida, quienes salíamos de una clase del sabio Rengifo, cuya tesis de grado sobre Santo Tomás de Aquino ante la ciencia moderna del Colegio del Rosario a la restauración de la filosofía perenne, ya fuera una clase de Lógica en Bachillerato, ya de sintáxis griega o de Historia de la Filosofía antiguos explicada, en la Facultad, conforme a los textos originales, nos sentíamos solitarios en medio de un mundo agitado por preocupaciones muy distantes de esa clásica ínsula.

He dicho “dificultades de la prosodia. En entre nosotros”, la enseñanza del latín no ha ofrecido sino dificultades y asperezas. Cuando pasé de la Sintáxis latina —tan exclusiva— del Bachillerato a la Prosodia —también exclusiva— de la Facultad me sucedió exactamente lo mismo que en la misma clase sucedió a mi colega José María Restrepo Millán tal como desenfadadamente lo refiere en los dos primeros párrafos del capítulo primero de su *Horacio, su lírica ante el gusto moderno*, el más vivaz, audaz, ingenioso y original ensayo

que sobre asunto político latino se haya escrito en Colombia. También *mis primeras relaciones con Horacio me dejaron frío*. También se me anunció el vate de Venusa bajo el inevitable título de príncipe de la lírica universal: Tampoco, en los primeros pasos entendí nada de sus recónditas bellezas, sumergidas en la que también me pareció *endiablada y artificiosa sintáxis*. Asimismo, vencidos a uñas de buen caballo, los obstáculos sintácticos y prosódicos de tan esquivo príncipe del Parnaso, he llegado a suscribir la sentencia de Restrepo Millán, discípulo, como yo, de Rengifo y Gómez Restrepo, acerca de la calidad de *esteta*, de *artista* más que de profundo e inspirado poeta que en el cantor de *Solvitur acris hiems* lo señalo por la oda que más me gustó desde el principio sobresale. No era el doctor Jenaro Jiménez —naturaleza curiosamente tímida y elusiva— el más adecuado intérprete de las bellezas líricas de Horacio, autor escogido únicamente como muestrario de riqueza métrica expuesta mediante la ayuda del texto de Prosodia latina, deficiente pero único, de Miguel Abadía Méndez, político gramático como es de regla en nuestra historia. Ello no obstante, le debo al doctor Jiménez, fuera de prudentes consejos de otra índole, un grato beneficio: el de haberme insensiblemente develado, a través de los complejos pormenores y encajes de su vestidura rítmica, la desnuda beldad poética de la Musa Latina. Las penosas arideces de un camino conducían, de un momento a otro, a la contemplación del más amplio y abierto panorama de belleza. Tal vez, anticipándome a reconocer y agradecer en mi propio nombre tan inesperado y mediato servicio a mi desigual formación literaria (no está de más repetir que esta insistente primera persona de singular representa y cobija una numerosa y dispersa pluralidad) con ocasión de celebrar el último día natalicio de aquel modesto colabrador inmediato del Rectorado de Carrasquilla, al dedicarle un obsequio consistente en una caja para cigarros en fina madera trabajada, pergené una décima (ya nadie cultiva ni ama esa ágil estrofa, de corte oratorio, predilecta de Núñez de Arce) que recité en el recibidor de la Vicerrectoría, instalada en el pasillo que comunica los dos claustros:

Al señor Vicerrector,  
quien como el sabio agustino  
ató el cisne venusino  
a la cruz del Redentor,

le expresa el claustro mayor,  
en forma de tabaquera,  
su gratitud duradera  
"más duradera que bronce".

Aquí dio un traspiés mi flaquísima minerva terminando la estrofa no tan mal adelantada con esta conclusión deplorablemente ríspida, aunque no exenta de humor:

Pues ya está gastado el bronce  
y vale más la madera.

La Facultad de Filosofía y Letras se extinguió, ya venía extinguiéndose, tal como había sido por su fundador establecida, cuando el ilustre sucesor de Monseñor Carrasquilla me confirió, en palabras de metálica refulgencia, el título de *magister artium*, el 22 de octubre de 1931 tras de unos exámenes de grado a que asistió el claustro pleno y en que se me hizo analizar un pasaje de la *oración por la corona* de Demóstenes: —No, ciudadanos, atenienses, no es posible que hayáis fracasado arrojando peligros por la libertad y salvación de todos...— Y la respuesta de Sócrates al bello Alcibiades en el *Simpósion* de Platón: —Si las cosas que dices a mi propósito, fueran ciertas...—.

Pero ninguna causa la mató por dentro. Circunstancias muy extrañas a su recinto le dieron remate como cuerpo de acción organizada en determinado sentido. La actividad docente corría más y más a la especialización y se desconfiaba de una carrera de orientación vaga y genérica. Se veían venir las escuelas normales superiores. Se conjuraron contra la flébil existencia de la Facultad corrientes nacionales y extranjeras frente a las cuales no podía sostenerse ya el viejo y mal dotado organismo. No veo, empero, extraño ni difícil que a merced de escarmientos nacionales muy tangibles reviva la antigua escuela doctoral, enmendadas sus reconocidas deficiencias. Sólo el insigne sucesor de quien a ella le infundió vida es el único capaz de restaurar —*nova et vetera*— la malograda empresa de cultura.

Y vean ustedes, hermanos rosaristas, cómo el misterio del último doctor en Filosofía y Letras se asimila gozosa y dolorosamente —no es forzada figura— al misterio de la propia facultad de Filosofía y Letras del Colegio Mayor. En la carrera del uno como en las vicisitudes de la otra no se sabe dónde acaba lo elemental y dónde lo

superior empieza, ni están bien ajustados los límites entre el forzoso ejercicio docente y el libre ejercicio literario y disciplina filosófica. Llegó un momento en que para todo servían los doctores en filosofía y letras hasta para educadores —conscientes, responsables, perseverantes, abnegados— de la juventud. Tenía que llegar el día en que sirvieran para algo.

Resuena en mi memoria esta frase que le escuché a Monseñor Castro Silva con el embeleso que su persona y verbo nos producía. La elocuencia de Castro Silva se puede calificar literalmente de *fulgurante* porque brota, aún más que de sus labios, de su vibrante y avasallante mirada: “La transformación de la realidad en símbolo siempre se ha hecho en detrimento de la realidad.” Así decía el único sucesor digno del Rector de ayer. Y pienso yo que al asumir ante mis compatriotas el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el carácter de símbolo de la educación que no ha mucho se dispensaba en Colombia, la realidad histórica, concreta, no ha sufrido menoscabo y desmedro al adquirir sus virtudes simbólicas. El Rosario real y el Rosario simbólico se compenetrán misteriosamente. Y en este punto pongo amén a este sartal o rosario engarzado por el sentimiento más hondo de recuerdo y cariño al *Alma Mater*, pidiendo perdón con la misma excusa de Pascal: me ha salido larguísima esta carta porque no he tenido tiempo de escribirla corta. Si bien estoy seguro de que mis compañeros externos, convictores, oficiales, o colegiales juramentados no se quejarán de mi extensión, ni de que haya abusado de la primera persona de singular, que es en todo caso, primera persona rosarista porque se habrán quedado esperando que yo recite y cuente todos los misterios del ROSARIO.

## Don Marcelino Menéndez y Pelayo

EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE, 3 DE NOVIEMBRE DE 1956

Oración pronunciada en la Capilla de “La Bordadita” por Monseñor José Eusebio Ricaurte.

Laudemus viros gloriosos... pulchritudinis studium habentes.  
Sapientiam ipsorum narrent populi et laudem eorum nuntiet  
Ecclesia. Eccli. XLIV, 1-14.

Alabemos a los varones gloriosos, que se dedicaron al estudio de la belleza. Pregonen los pueblos su sabiduría y la Iglesia anuncie sus alabanzas.

Nos congrega hoy el recuerdo agradecido y cariñoso de nuestro maestro, de quien nos enseñó tan múltiples verdades, de quien iluminó con los fulgores de su genio, no sólo a sus compatriotas, sino a todos los que hemos tenido la felicidad de saborear la magnificencia de sus escritos, llenos no sólo del más generoso amor a su patria, sino dirigidos por su amor a Cristo y a su iglesia santa, y nos mostró la grandeza de España, no tan sólo la del siglo de oro sino la de todos los tiempos.

Es el genio un destello de Dios. Es el universo un himno triunfal y potente que pregona la belleza infinita de la causa primera, himno majestuoso, delicadamente ordenado y armonioso, en el que cada cosa ocupa su puesto y anuncia la sabiduría y la inteligencia incomprensible para nosotros del que lo compuso y tan acordemente lo ordenó. Himno que tuvo su primer verso cuando en el abismo del vacío dijo Dios: “Hágase la luz”, y quedó escrito en caracteres rutilantes el comienzo de ese poema que jamás terminará, porque cuando la materia ya no sea, lo continuarán los espíritus que no pueden morir.

De entre ese universo maravilloso se levantan los espíritus como reflejos vivientes de esa hermosura eterna. Con razón dice la Escritura-